

LA MIRADA Y LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO: UNA LECTURA PSICOANALÍTICA DE FRANKENSTEIN

ANGÉLICA LORELEIN AGUILAR HINOJOSA

Psicóloga por el CiES y Maestra en Política Criminal con formación en psicoterapia psicoanalítica en CiES. Cuenta con trayectoria en la coordinación de proyectos de diagnóstico e intervención para adolescentes y mujeres en contextos de vulnerabilidad. Actualmente es docente universitaria y colaboradora en investigaciones internacionales sobre reducción de violencia y efectividad de políticas públicas.

Recepción: 09 febrero 2026/ Aceptación: 31 mayo 2026

RESUMEN

El presente artículo analiza, mediante una lectura psicoanalítica de Frankenstein, la función determinante de la mirada en la constitución del sujeto. A partir de los aportes de Freud, Klein, Green, Winnicott y Recalcati, se examina cómo la mirada materna —o su ausencia— actúa como un acto de la inscripción libidinal y reconocimiento. Se sostiene que la criatura, al no encontrar en su creador un espejo que confirme su existencia con amor, introyecta un narcisismo negativo y un sentimiento de sí como un ser aborrecible, lo que se puede observar claramente cuando la criatura ve su reflejo en un espejo de agua. Ante el vacío y el rechazo del Otro, la criatura transforma su desamparo en violencia vengativa, destruyendo los objetos amados de Víctor ya que, incapaz de soportar que quien nunca le amó sea amado por alguien más, destruye a sus objetos, como Víctor lo destruyó a él.

PALABRAS CLAVE:

Mirada, Frankenstein, Violencia, Libidinización, Estadío del espejo, Psicoanálisis.

SUMMARY

This article analyzes, through a psychoanalytic reading of Frankenstein, the determining function of the gaze in the constitution of the subject. Drawing on the contributions of Freud, Klein, Green, Winnicott, and Recalcati, this text examines how the maternal gaze—or its absence—acts as an inaugural act of libidinal inscription and recognition. It argues that the creature, failing to find in its creator a mirror that confirms its existence with love, introjects a negative narcissism and a sense of self as an abhorrent being, which is clearly observed when the creature sees its reflection in a pool of water. Faced with the void and the rejection of the Other, the creature transforms its helplessness into vengeful violence, destroying Victor's loved objects; unable to endure that the one who never loved him is loved by someone else, he destroys Victor's objects just as Victor destroyed him.

KEY WORDS: Frankenstein, Violence, The Gaze, Psychoanalysis, Libidinization, Mirror Stage.

RESUMÉ

Le présent article analyse, à travers une lecture psychanalytique de *Frankenstein*, la fonction déterminante du regard dans la constitution du sujet. À partir des apports de Freud, Klein, Green, Winnicott et Recalcati, l'étude examine comment le regard maternel — ou son absence — agit comme un acte inaugural d'inscription libidinale et de reconnaissance. Il est soutenu que la créature, ne trouvant pas chez son créateur un miroir confirmant son existence par l'amour, introjecte un narcissisme négatif et un sentiment de soi comme un être abhorré ; cela se manifeste clairement lorsque la créature voit son reflet dans un miroir d'eau. Face au vide et au rejet de l'Autre, la créature transforme sa détresse en une violence vengeresse, détruisant les objets aimés de Victor. Incapable de supporter que celui qui ne l'a jamais aimée puisse être aimé par un autre, elle détruit ses objets comme Victor l'a détruite.

MOTS CLÉS: Frankenstein, Le Regard, Violence, Libidinisation, Stade du miroir, Psychanalyse.

INTRODUCCIÓN

En el presente artículo se pretende entender la mirada materna, no como un mero gesto visual que implica un instante fugaz, sino como una experiencia continua a través de la cual, el cuidador primario reconoce, sostiene o, por el contrario, rechaza, envidia o ignora al bebé. La mirada entonces se vuelve un medio para libidinizar, un vehículo de afecto y sentido.

Desde esta perspectiva surge la pregunta: ¿Por qué la mirada del Otro ocupa un lugar privilegiado en nuestra cultura, en nuestras producciones artísticas y en nuestra vida psíquica? Basta con observar que existen 232,555 canciones en inglés que hablan de la mirada o los ojos, lo que se traduce al 42% de las canciones existentes en ese idioma, de acuerdo con la base de datos [songs.ipynb](https://www.kaggle.com/datasets/songsipynb/songsipynb) [1]. Pero ¿qué ocurre cuando esa mirada no es amorosa, sino que transmite odio, indiferencia o violencia?

Desde la lectura psicoanalítica, la mirada del Otro ocupa un lugar central en la constitución psíquica del sujeto. Veremos en nuestro recorrido teórico como la mirada se configura como un acto inaugural de reconocimiento e inscripción libidinal. Ya que, desde las primeras experiencias de vida, ser mirado implica ser confirmado en la existencia, pues es a través de la mirada que el bebé comienza a constituirse como alguien para otro y, posteriormente, como alguien para sí mismo.

Es así que el psicoanálisis ha subrayado la importancia de las primeras relaciones en la constitución del yo. Autores como Freud, Melanie Klein, Donald Winnicott y André Green han mostrado que el vínculo primario con la figura materna (o con quien ejerza esa función) es el escenario en el que se inscriben las primeras experiencias de amor, odio, ambivalencia y reconocimiento. En particular, la mirada materna se presenta como uno de los primeros actos de libidinización, un primer espejo a través del cual el bebé reconoce su existencia y valor. Cuando esta mirada es suficientemente buena, permite la integración psíquica, pero cuando falla, deja huellas profundas en el sujeto.

A través del análisis de la obra literaria Frankenstein de Mary Shelley [2] se pretende pensar estas problemáticas, al poner en cuestión de forma simbólica las consecuencias

de la ausencia de una mirada fundante. La criatura de Frankenstein, privada desde su nacimiento de una mirada amorosa que la reconozca, encarna los efectos devastadores de un fracaso en la constitución subjetiva temprana. Se propone que su tragedia no se origina en su naturaleza corporal ni en su origen artificial, sino en el rechazo radical del Otro que lo trae al mundo y luego lo abandona.

De este modo, el presente trabajo se propone analizar la figura de la criatura de Frankenstein bajo la mirada de los aportes del psicoanálisis, con especial énfasis en la función de la mirada en la conformación del sujeto. A partir de las nociones de ambivalencia pulsional, narcisismo negativo y primer espejo, se busca mostrar cómo la ausencia de una mirada que reconozca, sostenga y ame conduce a la imposibilidad de simbolización y a la emergencia de la violencia.

DESARROLLO

El amor y sus contrarios.

En “Pulsiones y destinos de pulsión”, Freud [3] describe el amor como “la relación del yo con sus fuentes de placer” (130) [3]. y explica que puede transformarse en su contrario: indiferencia, odio o pasividad, pudiendo estos dirigirse al mismo objeto simultáneamente, creando una ambivalencia de sentimientos ante el objeto amado. Esta dualidad no es secundaria: es constitutiva.

Sobre las tres opciones de los contrarios del amor, la primera, la indiferencia, es aquella que ocurre cuando no hay una diferenciación entre el yo y la realidad. Más adelante, cuando se ha introducido el narcisismo, aparece la segunda oposición del amor: el odio, nacido de la ambivalencia placer-displacer. A diferencia de la indiferencia, aquí ya existe una relación con el objeto, no únicamente con la realidad, introduciendo a un otro en la escena. La última oposición del amor es la de ser amado, la cual corresponde a los opuestos pasividad y actividad. [3]

La relación primaria con la madre (o con quien ejerza la función materna) se convierte en el primer escenario donde el bebé experimenta placer, displacer, satisfacción o frustración. Desde esta perspectiva, la mirada materna se inscribe dentro de las sensaciones que fundan el yo y organizan la relación con el objeto.

La ambivalencia primaria.

Klein, en su libro “amor, culpa y reparación” [4], subraya algo fundamental para este trabajo: el bebé solo puede amar si ha sido envuelto en amor. Si la madre no transmite ternura y estabilidad afectiva, el niño no ama, al contrario, odia y se angustia. En este marco, la mirada materna puede pensarse como una extensión del pecho bueno: una mirada de amor que repara, o una mirada que hiere, desampara y enferma.

Aquí se introduce la primera relación de amor, misma que sucede en forma de ambivalencia primaria en esta relación con la madre. La cual se genera cuando el bebé, al succionar, ama al objeto que satisface sus necesidades. Sin embargo, en un segundo momento, esta relación es fuente de su odio, pues al no satisfacer las necesidades inmediatas del bebé, nace un deseo de odio/destrucción hacia la madre.

La función fundante de la mirada.

Siguiendo con esta idea, André Green [5], en su libro Narcisismo de vida y de muerte, retoma a Freud y sostiene que la mirada materna es uno de los primeros actos de libidinización del bebé: una inscripción originaria que anuda narcisismo y deseo. La mirada, dice Green, vincula al bebé con aquello que aún no puede simbolizar: “lo invisible” (27) [5].

Cuando la madre mira con amor, el niño puede identificarse con esa imagen libidinizada. Pero cuando la mirada materna está cargada de odio, indiferencia o envidia, el niño introyecta un narcisismo negativo, violento o vacío. Green vincula esto con el estadio del espejo lacaniano: la primera mirada del Otro prepara la posibilidad de reconocerse y simbolizarse. Si esa mirada es violenta, la subjetividad queda dañada desde su inicio.

Un primer espejo, una mirada.

La teoría de Winnicott ahonda en la noción de mirada. Para él, el rostro de la madre (quien, sostiene, manipula y presenta el objeto) funciona como el precursor del espejo; es en ese reflejo afectivo donde el bebé se descubre a sí mismo por primera vez [6].

El bebé no se enfoca en el pecho que succiona, sino que mira el rostro de la madre mientras que "la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él" (148) [6]. Es decir, el bebé se vive a sí mismo como un reflejo de las emociones y defensas de la madre.

Lo que conforma al sujeto son las experiencias constantes de miradas y no miradas, y en esta última experiencia, al no recibir de vuelta lo que dan, comienzan a perderse y dejarse de ver a sí mismos, atrofiando su intercambio amoroso con el mundo [6].

Si la madre mira al bebé con interés, ternura y disponibilidad emocional, este siente que existe; en cambio, si la madre no lo mira, o lo mira con angustia, odio o desconexión, el bebé no encuentra un yo: encuentra la angustia de la madre, su vacío y su caos [6]. Winnicott articula de manera magistral la importancia de la mirada: si no soy mirado, no puedo llegar a ser.

En un segundo momento, tras constantes miradas de no amor, el bebé comienza, a manera de defensa, a hacer un pronóstico sobre el estado de ánimo de la madre. Tal amenaza constante de caos mantiene al bebé en un estado incesante de preparación y alerta, con el fin de retirar la mirada o evitarla por completo, por lo que, eventualmente, no sabrá qué es lo que el mundo le puede ofrecer, mirándolo siempre con cautela, desde afuera [6].

La mirada crea en el bebé una sensación de ser, no solo de existir. Esto en palabras de Winnicott: "Sentirse real es más que existir; es encontrar una forma de existir con uno mismo, y de relacionarse con los objetos como uno mismo, y de tener una persona dentro de la cual poder retirarse para el relajamiento" (154) [6]. Es decir, ser alguien en

quien estar sin la necesidad de Otro, puesto que se introyectó de forma adecuada a quien le cuidó.

La mirada, una necesidad.

Recalcati, en su libro Clínica del vacío [7], escribe sobre el “antiamor”. Profundamente inspirado por Lacan, enfatiza que la constitución subjetiva depende del reconocimiento del Otro, insinuando que no es posible existir simbólicamente si no se ha sido mirado. Sin embargo, esta necesidad absoluta deja al niño vulnerable: el reconocimiento queda subordinado al deseo del Otro.

Cuando en este reconocimiento en el que el sujeto “no puede sino quedar subordinado a la acción del Otro” (148) [7] en los casos en que la mirada materna transmite odio, asco, rechazo o indiferencia, el soma del bebé se significa desde estas proyecciones: existo como aquello que el Otro ve en mí.

Sobre esta misma línea, volviendo a Green [5], quien toma el estadio del espejo de Lacan, donde la mirada del Otro es aquel primer paso para poder conocerse, comprenderse, simbolizar y al final, poner en palabra todo aquello que está en nuestro inconsciente; nos lleva a pensar que, si esta primera mirada es violenta, los intentos posteriores de interpretación de miradas hacia del Sujeto merecerán ser resignificados por Otro para que tengan algún sentido.

El Caso: Frankenstein, por Mary Shelly

Para Víctor Frankenstein, la importancia de la mirada se deja en claro desde un inicio, siendo esta en varios momentos su forma de explicar e identificar los sentimientos de los otros: “*las miradas de quienes la cuidaban, pronosticaban lo peor*” (115) [2].

El vínculo con el rostro de la madre y su investidura afectiva explican por qué la mirada es, para Víctor, el elemento central de su constitución subjetiva. Cuando ella muere, aquel hecho marca un punto decisivo en las decisiones futuras del científico, buscando,

en especial, revivir la mirada amorosa que reflejaba el rostro de su madre: *“su semblante expresaba cariño, aun bajo el velo de la muerte ... Se ha marchado para siempre; que el brillo de la mirada amada se ha extinguido”* (116) [2].

A partir de esta pérdida, en Frankenstein nace un interés profundo por la muerte, manteniendo estas fijaciones en el ojo: *“advertí como el gusano heredaba maravillas como el ojo y el cerebro”* (124) [2]. Esto ocurre después de buscar e investigar diversos cadáveres para la creación de su criatura. Sin embargo, Víctor se da cuenta de que su deseo de volver a la vida el amor que perdió y de salvar estos ojos de la muerte no podría lograrse.

Cuando por fin se percata de que es posible traer a la vida lo ya muerto, cede ante la ilusión de dominio sobre la muerte. Así, llega al nacimiento de una criatura inocente que, después de múltiples rechazos, especialmente de las figuras con quienes buscaba identificarse, termina asesinando, no a cualquiera, sino a quienes su creador miraba con amor. Pero nos estamos adelantando, empecemos por este primer encuentro entre ambas miradas.

Con una angustia que devino en agonía ... iluminado por el resplandor de la casi consumida luz, vi que el ojo amarillento y mortecino de la criatura se abría ... había procurado que sus rasgos fueran bellos ... sin embargo, solo hacía que realzar de un modo más horrible sus ojos vidriosos (131) [2].

Ahí fue donde, a través de esta mirada de agonía, comenzó a escribirse el futuro de la criatura, quien pasa de la ilusión y esperanza al terror y al asco.

La belleza del sueño se desvaneció y me embargaron un intenso terror y repulsión. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí huyendo de la celda ... la criatura levantó la cortina del dosel de la cama y fijó sus ojos, si así puedo llamarlos, en mí” (132) [2].

Lo que siguió a estas miradas fue el abandono, puesto que Frankenstein, consumido por sentimientos de culpa y asco, se alejó y dejó a su creación desamparada.

La criatura, sin conocer nada, fue en repetidas ocasiones atacada, en ocasiones aborrecida, pero siempre -en todas las instancias- odiada y temida por cualquier ser humano que lo viera. Sin embargo, un caso particular es muy importante, porque él, a pesar de varios rechazos, se aferró especialmente a una familia, la familia De Lacey, tratando de rescatarse a sí mismo a través de un imaginario de mirada de amor.

El rostro benévolo de aquel anciano me inspiraron un profundo respeto, mientras que las dulces maneras de la muchacha despertaron en mi sentimientos amorosos ... y le sonrió con tanta amabilidad y tanto afecto que experimenté una sensación de una naturaleza peculiar y sobrecogedora. Era una mezcla de dolor y placer como jamás había sentido en el pasado (193, 194) [2].

El tiempo pasó, pero la criatura ya se había identificado con estos horrores. Cuando se vio en el reflejo del lago, quedó aborrecido: “*incapaz de creer que fuera yo quien se reflejaba en aquel espejo, y cuando me convencí plenamente de que era en realidad el monstruo que soy me embargó una amarga sensación de desaliento y me sentí mortificado*” (200) [2]. Esta situación hizo que se aferrara más al anhelo y búsqueda de amor e identificación en la mirada de la familia, sin embargo, esta escena acentuó la ambivalencia hacia su ser.

Cuanto más los conocía, mayor era mi deseo de apelar a su protección y su afabilidad. Mi corazón suspiraba porque esas adorables gentes me conocieran y me amaran. Ver sus dulces ojos mirándome con cariño era lo que más ambicionaba ... Yo necesitaba poder despertar su simpatía y compasión, porque en el fondo, no me creía del todo digno (221) [2].

Cuanto más tiempo pasaba viviendo junto a esta familia, adquiriría más autoconsciencia de si y de sus orígenes.

y las diversas relaciones que vinculan a un ser humano con otro a partir de unos lazos mutuos ... yo no había tenido un padre que velara por mí en mis años infantiles, ni una madre que me bendijera con sonrisas y caricias ... sentimientos que no hicieron sino aumentar el amor y el respeto que sentía por

mis protectores (porque así era como, en un deseo inconsciente y casi doloroso de engañarme, había elegido llamarlos) (209) [2].

Cuando por fin se presentó ante la familia De Lacey, sufrió nuevamente miradas de desprecio, asco y horror, seguidas de abandono, lo que detonó en él sentimientos de venganza y deseos de contar con otra criatura con la cual sentirse identificado. *“Mis protectores se habían marchado rompiendo el único vínculo que me unía al mundo”* (228) [2], por lo que fue a buscar a su creador para solicitarle la creación de una pareja. En el camino para reencontrarse con su creador, mata a su primera víctima; el hermano pequeño de Víctor, quien también le aborreció, le temió y puso en palabras lo que todas las demás miradas le habían transmitido, llevando a la criatura a ahorcarlo.

Al reencontrarse con su creador, le solicita ser mirado de manera distinta, sobre todo por él, quien tomó la decisión de crearlo y luego abandonarlo: *“¿No hay modo de conseguir que contemples con agrado a tu criatura, que implora tu bondad y compasión?”* (184) [2]. La criatura comenzó entonces a confundir las miradas de compasión con aquellas de odio:

Se que te has mostrado inflexible conmigo, pero ahora capto comprensión en tu mirada ... Me compadecí de él y llegué a sentir el deseo de consolarlo, pero cuando lo miré, cuando vi esa masa inmundada que se movía y hablaba, mi corazón se endureció y en mis sentimientos predominó la aversión y el odio (236-238) [2].

Al notar que no conseguía generar ninguna emoción positiva en su creador, le pidió que creara una criatura igual a él, para que, a través del amor (vínculo amoroso?) de un semejante, pudiera conocer lo que es ser mirado con amor y no continuara matando personas.

Al final, la criatura terminó matando a todas las personas que Víctor había amado: *“Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval: ellos eran mis bienamados*

rostros” (117) [2]. Si él no podía ser mirado con amor, tampoco su creador tenía derecho a ser mirado así.

CONCLUSIÓN

El análisis de la criatura sin nombre creada por Frankenstein nos permite comprender, con especial claridad, las consecuencias devastadoras de un fracaso en la constitución subjetiva primaria. La tragedia de la criatura no reside en su aspecto ni en su origen artificial, sino en la ausencia de una mirada fundante que lo inscriba como sujeto. En términos winnicottianos, el rostro de Víctor no funcionó como primer espejo: al abrir los ojos, la criatura no encontró una imagen que confirmara su existencia, sino un reflejo de terror, repulsión y rechazo. Al no ser mirado, no pudo llegar a ser.

Siguiendo la línea de André Green, el vínculo fallido entre creador y creación da lugar a la instauración de un narcisismo negativo. Víctor, incapaz de libidinizar a su criatura, retira la investidura afectiva necesaria para la constitución del yo, y la criatura, en lugar de introyectar amor, introyecta el vacío y el odio contenidos en la mirada del creador. Esto confirma que la mirada es, efectivamente, un acto inaugural de inscripción psíquica, ahí donde el sujeto se constituye a partir de aquello que el Otro ve, o, rehúsa ver en él. La criatura se identifica con la "masa inmundada" que Víctor ve en ella, validando la idea de que somos, en origen, aquello que el Otro ve en nosotros.

La violencia desatada por el monstruo no debe leerse como una simple manifestación de maldad innata, sino bajo la luz de la ambivalencia pulsional no tramitada. Siguiendo a Freud y a Klein, el odio que surge en la relación primaria solo puede ser mitigado si existe una experiencia suficiente de amor y reparación. En la criatura esta posibilidad queda obturada, puesto que, al no haber sido envuelto en ternura, el odio se vuelca en actos destructivos. Su búsqueda desesperada de la familia De Lacey puede leerse como un intento fallido de encontrar un segundo espejo, una mirada alternativa que corrigiera la imagen devuelta por Víctor. Sin embargo, al repetirse el rechazo, la pulsión queda desligada volcándose hacia la destrucción de los objetos que Víctor amaba.

La obra de Shelley ilustra perfectamente que la subjetividad no se funda únicamente en el nacimiento biológico, sino en la experiencia de ser mirado, reconocido, sostenido y amado por un Otro. Cuando esta mirada falla, el sujeto además de que queda sumido en el desamparo, corre el riesgo de devolver al mundo de forma violenta el mismo odio y rechazo con los que fue recibido.

La novela de Frankenstein se erige, de este modo, como una potente metáfora de los efectos devastadores de la ausencia de una mirada amorosa en la constitución del sujeto.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] SONGS.IPYNB, Google Colab. Disponible en: <https://colab.research.google.com/drive/1m2spzDy4ZF49g9vyocVPk6moKxXeCOqg?usp=sharing>
- [2] SHELLEY M. (1818) Frankenstein o el moderno Prometeo. Ciudad de México: Penguin Clásicos, 2024.
- [3] FREUD S. (1905). Pulsiones y destinos de pulsión. O. C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] KLEIN M. (1930). Amor, culpa y reparación. México, Paidós. Capítulo: La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo.
- [5] GREEN A. (1999). Narcisismo de vida y de muerte. Buenos Aires: Amorrortu.
- [6] WINNICOTT, D. W. (1971) Realidad y juego. Barcelona: Gedisa. Capítulo: El papel del espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño
- [7] RECALCATI M. (2008) Clínica del vacío, Anorexias, dependencias, psicosis. Madrid: Síntesis. Capítulo: Antiamor.